

que al aplacamiento de los ánimos, restituyéndole no obstante el equilibrio y prestándole su sello particular. Los elementos políticos exteriores habían puesto fin al combate material, mientras en el ánimo de las masas quedaban medio domadas las pasiones del tiempo pasado; pero en cambio estas pasiones tomaron un carácter más vil, más mezquino y más inmundo. No hay que olvidar que la reforma religiosa fué el último acto grande de un pueblo decadente y que fomentó el derrumbamiento del imperio alemán de la Edad media, facilitando el triunfo de la soberanía absoluta de los príncipes sobre el poder imperial, por un lado, y sobre las fuerzas del pueblo por otro. La clase media, al fin de este período, á pesar de su participación trascendental en la Reforma y en el movimiento religioso se vió reducida á una situación en extremo lamentable, sin que la indemnizase la prosperidad de las contadas pequeñas repúblicas ó sea de las ciudades libres, ni la civilización cortesana nueva y pedante, cuando iba desapareciendo rápidamente la civilización de las ciudades y se fué atrofiando el humanismo, acabando por anularse bajo el yugo escolástico. La influencia política é intelectual de los neo-latinos, los franceses, españoles é italianos, invadió con empuje irresistible la Alemania. La fuerza imponente del carácter alemán se manifestó todavía aquí

y allá como para dar fe de su vida; pero prevaleció en todos los terrenos, en la Iglesia y en el Estado, en las artes y en las letras, en el derecho y en las costumbres cierta índole cosmopolita y mezquina como solo se presenta en naciones decadentes. Consideramos la época de la transición del siglo XVIII al XIX como el período de mayor abyección del pueblo alemán, pero en este mismo período de ignominia la Alemania produjo frutos intelectuales de imperecedera magnificencia y se preparó bajo el peso del despotismo extranjero un renacimiento casi maravilloso del pueblo alemán; mientras el fin del siglo XVI arrojó al abismo de destrucción espantosa y sin ejemplo una generación quebrantada política é intelectualmente, petrificada en dogmas y moralmente reducida al salvajismo. Ambos períodos tienen no obstante íntima conexión, porque la Reforma colmó á la Alemania de envidiables frutos. Del protestantismo alemán, después de haber pasado por el fuego de la guerra de Treinta años, salieron la civilización actual alemana y la monarquía. Sin Lutero no tendríamos ni á Kant ni á Goethe, y sin el origen protestante y anti-imperial de la monarquía prusiana no tendríamos hoy nuestro nuevo imperio alemán, y bien nos podemos acordar con gratitud, aunque mezclada de tristeza, de la revolución más grande de nuestra historia nacional

FIN DE LA HISTORIA DE LA REFORMA RELIGIOSA EN ALEMANIA

# LA EUROPA OCCIDENTAL

EN TIEMPO DE FELIPE II DE ESPAÑA, ISABEL DE INGLATERRA Y ENRIQUE IV DE FRANCIA

POR EL DR. MARTIN PHILIPPSON

PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD DE BRUSELAS

## INTRODUCCION

La contrarreforma católica á mediados del siglo décimosexto

## PRIMERA PARTE

FUNDACION DE LA ÓRDEN DE LOS JESUITAS

### I.—COMIENZOS DE LA CONTRAREFORMA CATÓLICA.

La Iglesia católica de la Edad media.—Se hace mundana y se deprava.—La Reforma y sus triunfos.—Clemente VII y Paulo III.—Comienzo de la reforma católica en los órdenes monásticos: camaldulenses, capuchinos, y hermanos de la caridad.—Cayetano de Thiene.—Juan Pedro Caraffa.—Ambos se unen para formar la congregación de los teatinos.—Carácter é influencia de esta.—Bernabitas.—Felipe Neri y los hermanos del Oratorio.

La Iglesia católica es el organismo histórico más colosal de cuantos han existido, el cual por espacio de cerca de dos mil años ha conseguido unir bajo una misma dirección y con las mismas tendencias á un número considerable de pueblos. Las fundaciones eclesiásticas, el orden jerárquico, la política tradicional que bastaron para conservar la existencia y la influencia de la Iglesia cuando los bárbaros germanos lucharon con los afeminados y corrompidos romanos para alcanzar la supremacía de que estos gozaban, supieron dominar también á la aristocracia guerrera del Estado feudal y á las arrogantes y activas repúblicas de las ciudades libres de la Edad media. Dentro de esta admirable institución cabían lo mismo la variedad de tiempos que la diversidad de naciones. El sirio, el armenio, el alemán, el inglés, el francés, el italiano, el eslavo y el escandinavo, todos estaban á ella sometidos, todos obedecían sus órdenes. ¿Cuándo se han visto de tal suerte unidas la elasticidad y la fuerza? ¿Qué política, qué institución han sabido satisfacer como la Iglesia católica las exigencias de los más contrapuestos grados de cultura, de las más diferentes nacionalidades, apareciendo tan flexible que pueda contentar á todos y tan fuerte que consiga evitar, ó por lo menos destruir, toda disidencia? En vano los bárbaros, en su irrupción, se lanzaron como gentiles ó arrianos contra ella: pocos siglos después eran ellos los más fieles miembros de la misma Iglesia. En vano se propalaron herejías populares que se apoderaban del corazón y de la inteligencia; las cenizas de las hogueras marcaron pronto los lugares en que habían existido. En vano trabajaba la filosofía por destruir los dogmas y por acabar con el orden jerárquico; la cohesión del organismo de la religión católica supo resistir á todas aquellas tentativas; porque á la menor, las mallas

de su fuerte red se cerraban ahogando al temerario que osaba penetrar en ellas. La Iglesia triunfaba de todos sus adversarios; de tal suerte que á fines del siglo XIII, ella y con ella su cabeza, el Papa, eran el elemento que dominaba en Occidente: pueblos y reyes obedecían temblando al anciano que, como vicario de Jesucristo en la tierra, reclamaba y poseía el gobierno del mundo.

La Iglesia había reconocido que, para mantenerse incólume en medio de la violencia y rudeza de la sociedad de los tiempos feudales, necesitaba de un fuerte fundamento material, es decir, de medios materiales de poder. A obtenerlos dedicó, pues, toda su superioridad espiritual, consiguiendo ser en todos los países la principal propietaria, la más rica de entre los ricos. El lujo bárbaro con que pretendían los magnates imponerse á los pueblos quedó oscurecido ante la elegante pompa de que se rodeaban los obispos y abades: un gran número de vasallos estaba siempre dispuesto á responder al llamamiento del señor eclesiástico, á quien vemos con frecuencia armado de coraza, lanza ó maza de armas luchando al frente de sus súbditos. En las cortes de los reyes, lo primero que encontramos son sacerdotes: ellos son sus consejeros en tiempo de paz y en tiempo de guerra; ellos administran sus tesoros; ellos se sientan en sus tribunales; ellos van como embajadores á los Estados extranjeros; ellos suscriben sus decretos y conciben sus leyes. ¿Cómo era posible que la victoria coronara los esfuerzos de los que se alzaban contra una Iglesia que dominaba toda la vida, así pública como privada, que mandaba en la esfera terrenal tanto como en la espiritual, que había logrado someter á su soberanía el saber, la conciencia, los cuerpos y la propiedad?

Pero era imposible evitar que el goce de aquel poder terrenal, de aquellas riquezas y de tanto esplendor desviara cada vez más á la Iglesia de su verdadera misión. Ocupados en asuntos mundanos, viviendo en medio del ruido de la sociedad civil, gozando orgullosos de la dominación universal y aprovechándose de las ventajas que traía consigo, los servidores de la Iglesia, desde los más elevados dignatarios hasta el más humilde de los clérigos, se apartaban poco á poco de las ideas, prácticas y sentimientos religiosos. ¿Cómo podían resistir con firmeza las influencias que necesariamente habían



de acosarles? Ya en el siglo XIII se produjeron enérgicas quejas contra la depravación del clero; pero la verdadera corrupción data de la época de los Papas de Aviñón. Estos Pontífices franceses, que por consideraciones puramente mundanas abandonaron la ciudad eterna, el centro sagrado de la romana Iglesia, dieron a sus súbditos el funesto ejemplo de explotar la elevada posición llena de responsabilidad que ocupaban como un simple medio de acumular riquezas, como fuente inagotable de placeres y arbitrariedades egoístas. En el siglo XI el Papa Gregorio VII había levantado su voz contra los poderes temporales en nombre de la dignidad de la Iglesia a la cual tanto ofendían la simonía y las investiduras, tráfico infame de los cargos eclesiásticos. Este fué el punto de partida de las victorias que la Iglesia obtuvo contra los reyes y emperadores. Pero en el tiempo de que hablamos la simonía era ejercida por el mismo obispo de Roma y desde este elevado puesto propagábase la enfermedad por toda la jerarquía eclesiástica. Los Papas destruyendo la libertad electoral de los cabildos y conventos, aumentando considerablemente, con las provisiones y reservas, su facultad de nombrar obispos y abades, se acostumbraron a conferir tales dignidades a los mejores postores, consiguiendo de esta suerte, a costa de la Iglesia, acumular para sí y para sus parientes y favoritos inmensos tesoros. Los obispos a su vez imitaban fielmente esta conducta y procuraban indemnizarse proveiendo los cargos de sus diócesis sin atender a las condiciones intelectuales ni a la dignidad personal de los pretendientes. Baste decir que un curato no se concedía por menos de 400 a 500 florines. La carrera sacerdotal no se abrazaba ya por vocación, sino por el deseo de gozar de los privilegios de sacerdote y de conseguir la posesión de un beneficio eclesiástico, el cual, desde el cardenalato hasta el vicariato más humilde, solo se consideraba bajo el punto de vista de la mayor ó menor renta que producía. No es, pues, de extrañar que las filas del clero se llenaran de elementos indignos, rudos y aun descreídos, que lo último en que pensaban era en cumplir con los deberes que el cargo les imponía. Diferentes disposiciones de concilios prohibieron bajo severas penas la posesión de varios beneficios por una misma persona; pero nadie se cuidaba de estos cánones, pues con dinero era fácil conseguir de los Papas dispensa de cualquier clase de leyes eclesiásticas. En Inglaterra, por ejemplo, había sacerdote que poseía más de veinte beneficios, es decir, que percibía sus rentas. El deber de la residencia eclesiástica, ó sea de la permanencia del sacerdote en el lugar en que radicaba su cargo, era letra muerta para todos; así es que había parroquias y obispados que no habían visto nunca a su párroco ni a su obispo, y los mismos sacerdotes que tenían residencia normal procuraban eludir lo más posible sus obligaciones eclesiásticas, a cuyo efecto se hacían sustituir, mediante un mezquino sueldo, por un hombre pobre é ignorante, gozando ellos tranquilamente de las ventajas de su prebenda. La predicación, el más estricto de sus deberes, quedaba a cargo exclusivo de los frailes; y en cuanto a los demás servicios eclesiásticos, los particulares tenían que pagarlos a muy alto precio. Aumentáronse el lujo exterior de la Iglesia, las ceremonias y las fiestas religiosas: castigábase severamente la menor infracción de la letra de los preceptos y doctrinas eclesiásticas, pero el espíritu religioso, el convencimiento íntimo, la abnegación, eran cosas absolutamente desconocidas para la generalidad de los miembros de la jerarquía eclesiástica. La religión se había convertido en una especie de fetichismo que parecía destinado únicamente a enriquecer a la casta sacerdotal, pero que nada decía al corazón del pueblo ni sabía refrenar las malas pasiones ni llevar un consuelo al ánimo afligido.

Las órdenes monásticas, así de hombres como de mujeres, no estaban menos depravadas que el clero secular. Por muchas exageraciones que puedan contener las canciones y narraciones populares de aquel tiempo, siempre puede verse por ellas cuán general era la opinión que afirmaba la desmoralización de los religiosos. En efecto, en los conventos reinaban la ambición, la envidia y la molición, habiendo desaparecido casi por completo la ciencia, que en otro tiempo había sido en ellos con tanto cuidado cultivada. A ejemplo de los obispos, los abades y abadesas se dedicaban a la caza, a las fiestas y a los desórdenes de toda clase, tomando parte los prelados en las guerras y torneos. Las innumerables quejas y prohibiciones de los concilios provinciales y nacionales son testimonio harto claro de estos males.

Ya en el siglo XIV un confidente del Papa Juan XXII, celoso defensor de la ortodoxia y del poder absoluto del Pontífice, el español Alvaro (1), levantó su enérgica voz contra tales abusos desde las páginas de un libro, cuyo título es: *De planctu Ecclesie*. Cien años después, el legado cardenal Julio Cesarini, escribía al Papa Eugenio IV: «Realmente la indisciplina del clero ha llegado a un punto tal, que casi justifica el odio que contra él sienten los laicos y los ataques que le dirigen los husitas.» Un siglo después, decía un Papa, Adriano IV, en la instrucción que dió a un su legado (1552): «Sabemos que desde hace mucho tiempo acontecen cosas censurables entre los que rodean a la Santa Sede, abusos eclesiásticos, transgresiones de la potestad de los cargos; todo tiende al mal: la corrupción se ha comunicado desde la cabeza a los miembros, desde el Papa a los prelados. Todos hemos pecado, ninguno ha obrado bien, ninguno (2).» Adriano pidió al célebre Erasmo que acudiera al auxilio de la Iglesia que tan en peligro se encontraba «por los crímenes de los hombres y sobre todo de los sacerdotes (3).» Algunos años más tarde (1538), una congregación compuesta de cuatro cardenales y de cinco prelados a quienes el Papa había nombrado para que le sometiera proposiciones de reforma general, exclamó en el colmo de la desesperación: «¡Qué cuadro tan horroroso para un cristiano que recorre el mundo católico! Todos los pastores han abandonado sus rebaños confiándolos a manos mercenarias. Las órdenes monásticas han llegado a un grado tal de corrupción, que son un grande escándalo para los seglares y causan con su ejemplo funestos males. En la mayoría de los conventos de monjas, se cometen públicamente horrores, con indignación de los seglares.» En 1541, escribía el jesuita Lefevre á Ignacio de Loyola (4): «Pluguiera á Dios que en esa ciudad de Worms hubiera siquiera dos ó tres sacerdotes que no se ocuparan en amoríos y en otros pecados notorios y que se dedicaran con un poco de celo á la salvación de las almas.» Uno de los más exaltados adversarios de la herejía, el obispo Caraffa de Chieti, que después fué Papa con el nombre de Paulo IV, decía á un amigo: «Las malas cualidades del clero secular y regular han producido en el pueblo gran repugnancia hácia la misa, hácia el servicio divino, y hácia el poder y autoridad eclesiásticos (5).»

No acabaríamos nunca si hubiésemos de seguir apuntando manifestaciones de esta clase. Los discursos de los prelados que asistieron al concilio de Trento contienen innumerables quejas sobre el mismo tema. Los mismos príncipes de la

- (1) Su nombre de bautismo era Pelayo y su cargo penitenciario del Papa. (N. del T.)
- (2) Raynaldi, *Annales ecclesiastici*, ad an. 1522.
- (3) *Propter gravissima hominum scelera, maxime ecclesiasticorum.*
- (4) Cretineau Joly, *Historia de la Compañía de Jesús*, tomo I, (Paris 1144) página 166.
- (5) Bromato, *Storia de Paulo IV.* (Ravenna 1741), I, 101.

Iglesia católica atribuían la rápida propagación de la herejía y la facilidad con que echaba raíces entre los pueblos, a las faltas y delitos del clero. Así decía, por ejemplo, en 1565 el obispo Antonio de Praga ante el sínodo provincial: «No se engañan aquellos que atribuyen el origen de tantas calamidades como afligen a la Iglesia y el desorden introducido por las sectas a la depravación de un clero indisciplinado.» El cardenal Marco de Hohenems, sobrino del Papa Pio IV, exclamaba ante el sínodo reunido en Constanza, capital de su obispado: «La maldita y repugnante conducta del clero tiene gran parte de la culpa de todas nuestras desgracias. A juicio de todas las personas de recto criterio, la tormenta de nuestro tiempo debe atribuirse exclusivamente a los pecados, al completo abandono, a la indolencia de nuestros sacerdotes (1).» ¿Quién se atreve a rebatir tales afirmaciones?

Seria sin embargo injusto hacer responsables de tan lamentables sucesos exclusivamente a la curia romana y al clero; las causas de la corrupción de la Iglesia a fines de la Edad media están más bien en hechos generales. El comercio con el Oriente había tomado gran vuelo desde la época de las Cruzadas; al poco tiempo adquiría considerable desarrollo en las ciudades de Alemania, Italia y Francia la industria en grande escala; uno y otra habían aumentado de una manera inesperada la riqueza privada y pública, a consecuencia de lo cual el lujo había tomado gran incremento a partir del siglo XIII, echándose de ver su influencia en el vestido, en la comida, en los adornos, en las habitaciones, en una palabra en todas las manifestaciones de la vida. Al mismo tiempo, el contacto de los occidentales con la elevada cultura del mundo mahometano, la reacción promovida por las invasiones que se permitía la Iglesia en el terreno temporal, y finalmente la influencia del Renacimiento, todo había contribuido a que de las clases ilustradas de Occidente se fuese apoderando cierto espíritu de escepticismo, espíritu que cada día iba minando la ciega confianza que en la Iglesia se tenía y quebrantaba la incondicional sumisión que se había prestado a la institución hasta entonces tan tranquila y tan segura de sí misma. Desgraciadamente la sociedad europea no había conseguido tener otro ideal, otro objetivo espiritual y elevado que sustituyera a las infantiles creencias religiosas: de aquí que errara vacilante y que procurara ocultar el vacío y la oscuridad interna bajo los placeres sensuales y los desórdenes de toda clase. La inmoralidad, la corrupción sin igual, el glacial olvido de todos los fundamentos morales, caracterizan a los siglos décimocuarto y décimoquinto. ¿No era por ventura natural que el clero, colmado de bienes terrenales, no menos alejado de la fe que los seglares por la influencia de la filosofía y del humanismo, se abandonara a la corriente de las tendencias generales?

Solo que este abandono a las funestas tendencias de la época era mucho más lamentable en el clero que en las demás clases sociales. Por muy desmoralizadas que estuvieran estas, no por eso dejaban de indignarse profundamente al ver al clero olvidar impudicamente las condiciones propias de su existencia y proceder en abierta contradicción contra lo que su elevada misión exigía. Mas aun: un error fácil de explicar atribuía a la corrupción de la Iglesia la falta de creencias y la disolución moral de la época, confundiendo de esta suerte la causa con los efectos. De aquí que se esperara que el mejoramiento fundamental de la disciplina interna y de la actividad externa de la Iglesia traería consigo una notable mejora en la situación moral de la sociedad.

La reforma se intentó primero en el seno de la misma Iglesia por medio de concilios; pero este movimiento se pa-

- (1) Branbarger, *De formula reformationis Ecclesie* (Maguncia 1782), pág. 332, 335.

realizó por culpa de los Papas. Por esto, todos los sacerdotes que realmente deseaban ver mejoradas las en verdad intolerables relaciones religiosas y morales, hubieron de proceder, apoyados en las tradiciones de la Iglesia, a una revolución decisiva, dogmática y jerárquica. Los husitas, los hermanos moravos, los místicos de la Alta Alemania y de los Países Bajos y los humanistas, con ser tan diversos como eran sus respectivos puntos de partida y de llegada, todos convenían en la oposición al catolicismo, oposición más ó menos de buena fe, pero siempre encarnizada. Quizás hubiera podido la Iglesia católica hacer frente a todos estos adversarios si a consecuencia del Renacimiento no hubiera entrado en un período de descomposición interna. Con los Papas Eugenio IV, Nicolás V y Pio II subió el humanismo al solio pontificio: el primero de estos príncipes de la Iglesia llamó a Roma a una porción de doctos que redactaron folletos y bulas contra los padres del concilio de Basilea, recompensando a estos descreídos, a estos partidarios de Platon con dignidades eclesiásticas y aun con obispados. Su sucesor, Nicolás V, cuando simplemente se llamaba Tomás Parentucelli, era uno de los más celosos y sabios humanistas: elevado a la silla de San Pedro, empleó las riquezas que en abundancia solía recibir la Santa Sede de todo el mundo cristiano en construir magníficos palacios de estilo clásico; en recompensar a los escritores, aun a aquellos que como Lorenzo Valla eran adversarios de la Iglesia; en premiar burlas escépticas como las de Filelfo; en crear una verdadera fábrica de traducciones de los autores antiguos, y en fundar la célebre biblioteca pontificia del Vaticano. Este Papa se cuidaba muy poco de los intereses de la Iglesia, y en vez de rodearse de obispos y de monjes, buscaba la compañía de los sabios del Renacimiento. Esta sumisión de las más altas dignidades eclesiásticas a las tendencias humanistas trajo consigo un gran peligro, pues los eruditos a quienes el buen Papa mantenía en su corte con el dinero de la Iglesia se burlaban en amargas sátiras de ella y de las doctrinas y costumbres cristianas. Léos de ser molestados, sus obras excitaban generales risas de los que no sospechaban cuán peligroso era todo esto para la propia existencia del catolicismo. El segundo sucesor de Nicolás, Pio II, era también de procedencia humanista: ya entrado en años y después de una vida agitada y de haber tenido varios hijos naturales, había tomado las órdenes abrazando el estado eclesiástico. Papa ya, escribió algunos comentarios sobre su propio gobierno y publicó varios breves en los cuales imitó el estilo ciceroniano, y en su corte había más de cien humanistas desempeñando las funciones de protonotarios y abreviadores. En la Curia, crearon una academia pagano-platónica, cuyo presidente, Pomponio Leto, se llamó *Pontifex maximus*, como para oponerse al Pontífice cristiano, ó sea el Papa. De los sucesores de Pio II solo mencionaremos a Leon X, en cuya corte se ridiculizaba públicamente a la Iglesia cristiana y se consideraba de buen tono declararse contrario a la ortodoxia católica. Leon X no tenía nada de sacerdote; permitía que en su presencia se representaran las más obscenas comedias de Plauto y prefería a la Biblia y a la misa un clásico griego ó latino y la música profana. El clero romano imitaba fielmente el ejemplo que le daba la Curia: aquellos sacerdotes enseñaban a quien quisiera oírles que no existía diferencia alguna entre el alma de los hombres y la de los animales y proferían durante la misa las mismas blasfemias. Un fanático, como el joven Lutero, y un escéptico, como Erasmo, se sentían igualmente indignados ante la poca fe de aquellos que hubieran debido ser los más celosos defensores de la religión (2).

- (2) Ranke, *Obras*, XXXVII. 48.



¿No era, pues, natural que los pueblos se preguntaran con qué razón se les obligaba a prestar obediencia a una Iglesia que era objeto de las burlas de sus propios jefes; a una Iglesia que por sus mismos sacerdotes era tratada con visible menosprecio, y explotada solo para sus fines particulares que nada tenían de comun con su verdadero objeto?

Después de estos humanistas, en su mayor parte paganos, ocuparon el solio pontificio políticos y soldados, como Sixto IV, Inocencio VIII y Julio II, que promovieron guerras, que excitaron a los pueblos vecinos a la rebelión y aun al asesinato, que cometieron toda clase de violencias con el objeto de conquistar principados para sus sobrinos, que en la mayoría de los casos eran sus hijos naturales. ¿Hay necesidad de hacer mención de Alejandro VI, de ese indigno Borghia? ¡En qué terrible abismo de inmoralidad y de crueldades había caído el Pontificado en aquella época! La Europa entera conocía aquellos sucesos y se sentía profundamente irritada. Los pueblos alemanes especialmente, que por naturaleza son más inclinados que los romanos a la vida íntima y a las profundas convicciones religiosas, se alejaban cada día más del corrompido Pontificado y de una Iglesia que había perdido la fe en sí misma.

Tales fueron las principales circunstancias que al comenzar el siglo XVI favorecieron el levantamiento de Lutero y de Zuinglio, y les dieron una victoria tan rápida y tan completa como no la habían esperado sus adversarios ni ellos mismos. La paz religiosa firmada en 1532 en Nuremberg dejó a los protestantes alemanes en plena libertad de propagar sus doctrinas. El odio contra el clero y especialmente contra el Papado y la indiferencia hacia la religión tradicional eran tan grandes, que pronto las nueve décimas partes de Alemania abrazaron la Reforma de Lutero. No tuvo esta igual éxito en Suiza, pues la derrota sufrida por Zuinglio en la batalla de Cappel y la muerte de aquel jefe pusieron allí límite a la propagación del movimiento reformista. Sin embargo, había este triunfado en los cantones industriales y poblados de grandes ciudades, quedando únicamente fieles a la antigua Iglesia los pequeños cantones con sus poblaciones de labradores, pastores y cazadores. En Dinamarca y en Noruega, la corona había impuesto las nuevas doctrinas a los que se resistían a abrazarlas obligándoles a someterse a ellas, de tal suerte que en 1530 quedaba completamente asegurado en la primera de estas dos naciones el triunfo del luteranismo, el cual dominó también en la segunda desde 1537. La apartada Islandia hubo de aceptarlo a mediados del siglo decimosexto. En Suecia, el joven rey Gustavo Wasa favoreció la Reforma que había logrado libertar a su pueblo de la dominación danesa; y si bien le movieron a ello motivos políticos y económicos, no puede negarse que procedió con constancia y habilidad sumas, de tal suerte que en 1538 la Dieta de Westera aboló el catolicismo en todo el reino. Por último, el más remoto de los grandes Estados de raza germánica, Inglaterra, no siguió desde luego el ejemplo que le habían dado las demás naciones, pero acabó por separarse también por completo de Roma y del Pontificado. Hasta los pueblos romanos se veían invadidos por la herejía: en Francia, en Italia y en la misma España, se formaron comuniones de luteranos; monjes, obispos y cardenales se inclinaban también públicamente hacia las doctrinas de Lutero.

El brazo secular, sin embargo, acudió al auxilio de la vacilante Iglesia: la fuerza material, la espada de los soldados, la cuerda de los verdugos y las hogueras de la Inquisición evitaron que en una parte de Europa triunfara por completo la revolución religiosa. Pero ¿qué pudo conseguir a la larga esa misma fuerza bruta contra el progreso gradual de la disolución lenta que corroía el alma de la Iglesia? Ningun

emperador, ningún rey hubiera podido salvar a esta cuando sucumbía víctima de sus males internos. El catolicismo estaba perdido si no encontraba en su propia esfera elementos y hombres que le realizaran de nuevo, y le devolvieran todo lo que hacía siglos había perdido, a saber, fe, convicción y entusiasmo, es decir aquello que da fuerza a los caudillos espirituales y sumisión a la masa de los creyentes. La cuestión que se ventilaba era la clave de todo el porvenir del catolicismo.

A pesar de la inminencia del peligro, no cumplieron los Papas los grandes deberes que la crítica situación en que la Iglesia se encontraba les imponía. Clemente VII (1523-1534) no tomó parte alguna en la lucha contra el luteranismo; por el contrario, se consideró ante todo como el príncipe secular de Italia, y si algún sentimiento elevado alentaba, además de la ambición personal, era el de patriotismo italiano. Su más ardiente deseo era ver la hermosa península libre del yugo de los bárbaros, y en este sentido luchó con Carlos V, el emperador romano, que era la más fuerte columna del catolicismo en Alemania, y con su enemistad le obligó a tolerar a los herejes en sus Estados alemanes. Sabido es que en la guerra que estalló entonces, fueron vencidos Clemente y su aliado Francisco I de Francia, viéndose el primero obligado a someterse a la voluntad del victorioso emperador. Para ser agradable a este, negóse el Papa a reconocer la separación, tan deseada por Enrique VIII de Inglaterra, entre este y su esposa Catalina de Aragón, tía de Carlos V, negativa que originó la apostasía de Inglaterra. La política de Clemente VII favoreció, pues, en todas partes a los enemigos de la Iglesia; y aun, después que su alianza con el emperador causó una herida tan grave a la Iglesia con la separación de Inglaterra, volvióse de nuevo aquel inconstante político contra Carlos V y por mediación de Francisco I solicitó de los protestantes una alianza contra el emperador. Este, atacado por el Papa, tuvo que pedir a su vez el auxilio de los luteranos; acontecimientos todos que explican la paz religiosa de Nuremberg y el rápido desarrollo que después de esta paz adquirió en todas partes la Reforma. Las tendencias terrenales que, a pesar de la triste experiencia, siguió el Pontificado en tiempo de Clemente VII, hicieron más probable la temida eventualidad de una completa destrucción de la Iglesia.

Su sucesor, Paulo III, se había educado bajo la exclusiva influencia del Renacimiento. Este Papa se expresaba con gran elegancia y con gracia un tanto afectada no solo en su idioma patrio, sino también en latín y en griego. Rodeado de gran número de eruditos; gustábase el lujo, los palacios hermosos, los cuadros y las estatuas, y además de sus ideas científicas y artísticas profesaba supersticiones de diversos géneros abiertamente contrarias a la religión. Ajustaba sus resoluciones, en los asuntos de importancia, al aspecto de las constelaciones y creía firmemente en los días faustos e infaustos. Como por lo demás era un hombre muy inteligente, comprendió la necesidad de emprender una reforma profunda en el seno del catolicismo; pero no fundó su interés en ella, sino en sus fines personales y egoístas. Había reconocido a uno de sus hijos naturales; tenía de él algunos nietos, y quiso proporcionar a esta familia, los Farnesios, principados soberanos y poderes hereditarios; planes que ocupaban más su atención que las mismas necesidades de la Iglesia; de modo que al poco tiempo desistió de todos sus excelentes proyectos de reforma.

En una palabra, el Pontificado nada hizo para salvar al catolicismo que por todos lados se veía amenazado: la salvación había de venirle de otra parte, de los últimos grados de la jerarquía, es decir, de fuera de los círculos oficiales de la curia romana.

El movimiento reformista que todos consideraban necesario al catolicismo, para que este pudiese combatir las innovaciones religiosas, se inició en las órdenes monásticas. Cierto que, en un principio, tuvo este movimiento poca importancia; pero en cambio la tuvo en sus consecuencias, en la abnegación, en las tendencias a moralizar las costumbres, en la reanimación del espíritu religioso que se dejó sentir pronto en todos los círculos del mundo católico. La

iniciativa fué tomada por una orden de escasa importancia, la de los camaldulenses.

Esta orden había sido fundada en 1012 por San Romualdo en Camaldoli, cerca de Arezzo, en Toscana, como una austera hijuela de la comunidad de los benedictinos; sin embargo, como siempre suele suceder, había ido dulcificando cada vez más la severidad de su regla. Los camaldulenses habían adquirido grandes propiedades, y casi todos, contra



El papa Pablo IV, Caraffa. Facsimile de un grabado en cobre de Nicolás Beatrizet (1515-1560)

la voluntad y contra el espíritu que había inspirado a su fundador, habían renunciado a la vida de anacoretas para hacer la vida común en los conventos (1). El descendiente de una familia patricia de Venecia, Pablo Giustiniani, sabio teólogo que había ingresado en la orden a la edad de 34 años, se propuso volverla a la senda que su fundador le trazara, y con algunos compañeros se dirigió a las cuevas de Masaccio, en los Estados de la Iglesia, que le fueron cedidas por los camaldulenses. Pronto se construyeron otros retiros como los de Masaccio, y algunas personas importantes que ingre-

saron en la orden, aportaron a ella sus bienes. Adriano VI y especialmente Clemente VII, permitieron estas donaciones y regalaron a los anacoretas una iglesia en las cercanías de Masaccio. Muerto Giustiniani en 1528, el centro de la nueva congregación se trasladó a las soledades del Monte della Corona; las reglas de la orden eran sumamente severas, de tal suerte, que aun en las horas en que se reunían, los anacoretas debían guardar el más profundo silencio, excepto en dos días de invierno y en tres de verano, durante los cuales les era permitido hablar. Debían cantar a media noche los maitines, y su comida era sumamente frugal. La comunidad ascética del Monte della Corona se extendió rápidamente por Italia, Alemania y Polonia.

(1) Helyot, *Histoire des ordres monastiques*, V, (Paris 1718) páginas 236, 263.